

Sobre la caducidad del feminismo.

Por Eleanor Rigby.

Ensayo Nivel II.

Universidad Nacional de Tucumán.

Olimpiada de Filosofía de la República Argentina.

Sobre la caducidad del feminismo.

Introducción.

Desde nuestra posición femenina tenemos que reconocer que el movimiento feminista ha logrado avances brillantes, que requirieron esfuerzo en demasía, y son ellos los que hoy me permiten a mí escribir este ensayo, ir a la escuela, usar pantalones, dar mi opinión en público. Tener en cuenta logros por los que las mujeres batallan desde fines del siglo XVIII resulta, desde mi perspectiva, lógico.

Sin embargo, hoy en día, el feminismo ha decaído, y no es casual que se “observe una desmovilización de las mujeres significativa”¹, ¿Es que la sociedad hoy no necesita al feminismo porque hombres y mujeres somos iguales en el plano social y político?; si es que somos iguales para la sociedad actual, ¿no es contradictoria la institucionalización del feminismo, o del género femenino en sí?, ¿no es esto una reafirmación de sus diferencias?

Este trabajo pretende criticar la descentralización y el accionar actual de este movimiento, en el cual subyacen, a mi criterio, ciertas contradicciones. Para esto recurro a autoras, filósofas y sociólogas, como Ana María Fernández, Susana Gamba y Simone de Beauvoir.

Desarrollo.

Institucionalización como reafirmación de la desigualdad.

El feminismo nace como un movimiento de origen desorganizado en el siglo XVIII, luego de la Revolución Francesa. En aquel entonces la mujer no sólo era vista, sino también tratada como una inferior, el estrato femenino era “el sexo débil”, un estamento que no podía aspirar a grandes logros, las “rebeldes” que atinaban a hacerlo eran excluidas sociales. En todo el mundo reinaba este ambiente de dominación masculina, de análisis de la mujer como un ser ingenuo, útil sólo para ciertas cosas. La literatura se encarga de retratar estas realidades, y creo oportuno citar a La Malasangre, que evidencia este comportamiento de los hombres hacia las mujeres:

“¡Soberbio! las niñas sólo necesitan saber que dos más dos son cuatro”². Sobran las citas de autoridad que reflejan la realidad del mundo “pre-feminista”, en el que la mujer aun no se ha animado a alzarse en lucha. Obras escritas por hombres emblemáticos para nuestra historia, como Sarmiento, o filósofos, como Nietzsche, no se inquietan por la ofensa al público femenino, ¿por qué lo harían? Si las mujeres no tenían acceso a este tipo de literatura. “Un día

¹ Gamba Susana, “Feminismo, historia y corrientes”, Diccionario de estudios de género y feminismos, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2008, página 2.

² Gambaro Griselda, La Malasangre, Editorial Cántaro, Buenos Aires, 2008, páginas 32-33.

vendrá en que lo resuelvan, y la esfinge argentina, mitad mujer, por lo cobarde, mitad tigre por lo sanguinario, morirá a sus plantas”³; “La mujer es un vulgar animal del que el hombre se ha formado un ideal demasiado bello” (Friedrich Nietzsche).

Al referirme a “institucionalización para la reivindicación de las minorías” hablo de todos aquellos organismos y movimientos que nacen para servicio, defensa, y proclamación de un grupo, en este caso las mujeres. Por ejemplo la subsecretaría de la mujer, el día de la mujer, la Declaración de Derechos de la mujer y la ciudadana, el manifiesto feminista, y el más relevante, el feminismo como movimiento. Todas estas “instituciones” que tienen como objetivo la realización personal, la inclusión social, la efectivización de la renombrada “igualdad de oportunidades” no hacen, en mi opinión, más que ratificar que la mujer es diferente al hombre, incluso más débil, más frágil, tanto que necesita de los respaldos nombrados, incluso, del respaldo de la Constitución Nacional. La mayoría de estas entidades proteccionistas de la mujer como ‘sexo débil’ son fundadas nada más ni nada menos que por mujeres. Todas estas herramientas de “inclusión” e “igualdad” no hacen más que separarnos del género masculino, que proclamarnos diferentes, que reafirmar que necesitamos una secretaria de estado que nos defienda, un día feriado del año que recuerde que somos importantes.

Si quisiéramos alcanzar la igualdad social absoluta entre hombres y mujeres deberíamos prescindir de todo esto, si reclamamos igualdad social y de oportunidades, esto incluye que nos adaptemos a la sociedad al igual que los hombres, no comportándonos igual que ellos, pero sí siendo “iguales” a ellos en los ámbitos en que reclamamos equidad.

Ser Mujer es hermoso.

Bajo este slogan las feministas de la Segunda Ola se levantan en 1960 para reclamar la legalidad del aborto, la igualdad en el reparto de las tareas del hogar, entre otras cosas. La intencionalidad de su frase de cabecera puede resultar indefensa, aunque en ella subyace un trasfondo de rechazo al género masculino. Estas feministas se caracterizaron por instaurar un movimiento alternativo al feminismo, el nombrado “feminismo de la diferencia”, incoherente con sus orígenes, y en mi opinión, violento y despectivo con el estrato masculino.

El feminismo de la diferencia propone una “oposición radical a la cultura patriarcal y a todas las formas de poder por considerarlo propio del varón, rechazan la organización, la racionalidad, y el discurso masculino”⁴, en otras palabras sube a la mujer a un atrio inalcanzable, en el que se

³ Sarmiento Domingo, Facundo, civilización y barbarie, Editorial Cántaro, Buenos Aires, 2006, página 36.

⁴ Gamba Susana, op.cit., página 12.

exaltan las características más propias de ella: “revalorizando la maternidad, rescatando el lenguaje del cuerpo, la inmensa capacidad de placer de la mujer, su supremacía sobre la mente...”. Esta nueva forma de feminismo es rayano en la irracionalidad y poco coherente con la idea igualitaria del feminismo primero. El feminismo ab initio proponía igualdad, y ésta sugiere cooperación, convivencia equilibrada entre ambos. Todo este nuevo movimiento radical se olvida del fundamento primero y hace con los hombres lo mismo que ellos hicieron con las mujeres durante siglos: verlos inferiores. Hace efectivo eso que el feminismo de los comienzos tanto criticó.

Conclusión.

No se nace mujer, se llega a serlo.

“No se nace mujer: se llega una a serlo. Ningún destino biológico, físico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; la civilización es quien elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica como femenino.”⁵

Como hipótesis principal inicié este ensayo con la idea de que el feminismo había caducado para el mundo actual. Creía fervientemente que si bien fue un movimiento admirable, que supo cosechar principios útiles, personalidades cautivantes y reformas civilizadas para la sociedad, hoy no era más que un resabio anticuado que no encaja en esta moderna sociedad. Una sociedad que ya no distingue entre hombres y mujeres, una realidad de siglo XXI en que la mujer puede alcanzar cualquier objetivo que se proponga. Incluso tenía hechos que lo evidenciaban, mujeres que son presidentes, mujeres que votan, son universitarias, escriben, leen.

Evidentemente hemos llegado lejos, pero no hemos alcanzado la igualdad absoluta. No propongo que los hombres y mujeres sean iguales porque es algo irracional. No niego que sean diferentes, sólo que en el ámbito social, de trabajo, interrelación, actividad política, gremial, educativa, comercial, de entretenimiento, deben ser individuos objetivos, en los que su condición de hombre o mujer no intervenga en su accionar ni en el de sus pares; como si al momento de interactuar socialmente hombre y mujer fueran “siluetas blancas”, indiferenciadas, que trabajan y cooperan olvidándose de sus diferencias biológicas, rescatando que ambos son igualmente capaces. Pero insisto en que existe un “telón de falsa igualdad”, que nos hace creer a todos o a la mayoría, en la que en un principio me incluyo, que ya no hay diferencia de género. Craso error fue en el que me vi envuelta al afirmar aquello. Esta cortina es falsa, y la realidad nos da pruebas fehacientes de que el hombre aun no ha bajado de su pedestal para

⁵ Beauvoir Simone De, El segundo sexo, 1949.

ponerse al lado de la mujer. Desde la niñez, el mercado –dominado por hombres- ofrece a los varones juguetes que estimulan su creatividad, su capacidad, que ejercitan la lógica, el trabajo en equipo. En contraste ofrece a las mujeres muñecas con cuerpos atléticos –atractivos para los hombres- a las que pueden cambiar de atuendo, juegos de té, micrófonos para jugar a ser cantantes famosas. ¿Por qué a los varones se los estimula desde pequeños a aspirar a grandes cosas, a dominar el mundo, mientras que a las mujeres se las prepara no sólo para ser atractivas al género masculino, sino también para ocupar puestos secundarios en la sociedad? ¿Por qué cuando una mujer es electa presidente sale en los noticieros como un fenómeno? ¿Por qué existen cupos determinados para ocupar por mujeres en el Congreso de algunos países?

Es la sociedad, las normas preestablecidas, quien desde la cuna nos “hace mujeres”.

El feminismo no está caduco, el feminismo cabe en nuestra sociedad aun, si bien está descentralizado y no tiene identidad imponente. Pero ya no el feminismo que nos reafirma desiguales, que crea instituciones o cartas de derechos especiales para mujeres, tampoco el feminismo que rechaza al varón poniéndolo en puestos menores. Un feminismo de la equidad, que levante este “telón de la falsa igualdad” y reivindique tanto a la mujer, como al hombre, que sólo rechace a la sociedad verticalista dominada por el macho y afirme a la mujer como complemento del hombre y viceversa.

Simone de Beauvoir indica sabiamente en su obra póstuma que tanto hombre como mujer nacen iguales, es la sociedad la que nos limita, nos mete en cajitas con una etiqueta de “varón” o “mujer” según hayamos sido concebidos. La filósofa expresa que la mujer es libre de acción y pensamiento, y el hombre no puede detenerla. Resta decir que para que la mujer sea libre hace falta que conozca esa libertad, que la libera del condicionamiento social. Y es evidente que con el “telón de falsa igualdad” es dificultoso que la conozca.

Bibliografía.

Gamba Susana, “Feminismo, historia y corrientes”, Diccionario de estudios de género y feminismos, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2008.

Gambaro Griselda, La Malasangre, Editorial Cántaro, Buenos Aires, 2008.

Sarmiento Domingo, Facundo, civilización y barbarie, Editorial Cántaro, Buenos Aires, 2006.

Constitución de la Nación Argentina.

Beauvoir Simone De, El segundo sexo, Gallimard, París, 1949.